

MONOGRÁFICO I

EDMUND BURKE

Coordinado por
Antonio Lastra

Presentación

En su *Recueil des Pensées de M. de Joubert*, publicado en París en 1838, Chateaubriand no incluiría el aforismo más delicado y, al mismo tiempo, más sólido de todos cuantos escribiera el último de los grandes moralistas franceses: *Nous avons mal philosophé*. Joubert lo anotó en su cuaderno el 5 de marzo de 1799, pocos meses antes de que el capitán Bouchard descubriera la llamada Piedra de Rosetta en Egipto y del golpe de Estado del 18 de Brumario con el que Napoleón acabaría con el Directorio y se convertiría en cónsul primero y luego en emperador de los franceses. La frase podría sernos ahora tan útil como la estela misma lo ha sido desde entonces para traducir al sencillo dialecto de la vida cotidiana el significado que tendría para la Revolución la aparición de un nuevo gobernante con más poder del que había tenido el último (o cualquiera antes que él) de los reyes de Francia. “Hemos filosofado mal” es más connotativa incluso que el término “conservadurismo” que Chateaubriand difundiría en Francia bajo la influencia de Edmund Burke –a quien había conocido en Londres durante su exilio en 1793, el año del Terror– para oponerse a la Revolución y sus consecuencias y, como pensamiento (Chateaubriand había escogido deliberadamente el título pascaliano), nos deja en un estado de perplejidad. ¿Hemos de sentirnos interpelados por ese *nous* nosotros mismos, los herederos de la Revolución, los que aún no habíamos nacido entonces y, sin embargo, de acuerdo con el contrato de las generaciones estipulado por Burke en el pasaje más importante de las *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, ya formábamos parte de la sociedad? En el umbral de un siglo que movilizaría el poder del pueblo con un propósito ciego e irreversible de totalidad (como lo describiría Alexis de Tocqueville, sobrino de Chateaubriand), Joubert, que no vería publicada ni una sola de las líneas de su escritura, advertiría que tanto Burke como Chateaubriand o el propio autor de *El Antiguo Régimen y la Revolución*, los jacobinos y los girondinos y los realistas, Paine o Gentz y el enciclopedismo y, por supuesto, los *philosophes* –Joubert no quiso nunca que Voltaire y Rousseau figurasen en su biblioteca–, y seguramente también él mismo, que había empezado a escribir en 1774 entre los doctrinarios (la congregación religiosa, no la extraña corporación ideológica que le sucedería) y lo seguiría haciendo hasta su muerte en 1824 (la primera de sus anotaciones tiene que ver con “las almas vivas que se desilusionan [*dégoûtent*] de los placeres” y la última y más enigmática con *les éternels*), y que de la mano de Fontanes sería un discreto consejero de la Universidad imperial de París, podrían haberse equivocado y, en efecto, haber filosofado mal. En comparación con las grandes declamaciones de la época, con la retórica parlamentaria y asambleísta, con las vociferaciones tumultuarias y el estruendo de las guerras

civiles que asolarían Europa, la frase de Joubert pasó inadvertida para casi todos. Matthew Arnold lo resumió con un lenguaje perfectamente burkeano:

Qué destino, si hubiera podido preverlo, para un espíritu de cualquier delicadeza y dignidad, ser un oráculo para una generación y contar luego poco o nada nunca más. ¡Cuánto mejor pasar con escasa notoriedad por la propia generación para ser destacado y preservado por los más iconoclastas de la siguiente y luego a su vez por los de la siguiente y así, como la lámpara misma de la vida, ser transmitido de una generación a otra con seguridad!¹

A diferencia de Chateaubriand, Joubert no mencionó ni una sola vez en sus *Carnets* a Burke, que sería determinante, sin embargo, en la composición del *Essai sur les révolutions* que Chateaubriand publicaría en 1797 —el año de la muerte de Burke— en el exilio de Londres y que contagiaría a sus correligionarios la admiración por el orador irlandés. En su *Essai sur la littérature anglaise*, publicado tardíamente en 1836, Chateaubriand aseguraría que había oído a Burke en el Parlamento e incluso que había sido testigo de la famosa separación de Fox, aunque Chateaubriand no había llegado aún a Inglaterra cuando realmente se produjo la escisión de los *whigs*. La independencia como escritor le haría perder al autor de las *Mémoires d'outre-tombe* la cualidad que le habría hecho falta como historiador y, si es cierto que podía herir a aquellos a cuyo lado caminaba, aún más podría perjudicar a su causa, que distaba de ser justa: ser “el caudillo de diferentes ejércitos cuyos soldados no eran de mi partido” no es una muestra de imparcialidad. Nadie, a izquierda y a derecha, se libraba de haber filosofado mal y corregir el sentido de una filosofía equivocada —mantener encendida la lámpara de la vida— tendría que ser la primera de las preocupaciones de quienes han nacido después de la Revolución².

Lo ha sido desde luego de quienes han contribuido a este monográfico, de manera especial para el profesor Faustino Oncina Coves y para el *independent scholar* Till Kinzel, que han estudiado la influencia de Burke en Gentz, su traductor al alemán e intérprete por antonomasia durante los años decisivos de la Restauración, porque el futuro secretario de Metternich también podía decir de sí mismo que era discípulo de Kant, a quien Burke o Joubert no conocieron. Que el propio Burke hubiera filosofado mal —o que sus lectores no han entendido del todo el conjunto de una obra coherente desde el principio— es el planteamiento

¹ Matthew Arnold, *Lectures & Essays in Criticism*, ed. de R. H. Super, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1962, pp. 210-211. Véase *Recueil des Pensées de M. de Joubert* [ed. de François-René de Chateaubriand], Le Normant, Paris, 1838. Sigo la edición establecida por André Beaunier un siglo después, *Les Carnets de Joseph Joubert*, Gallimard, Paris, 1938, 2 vols. (La frase del 5 de marzo de 1799 se encuentra en el vol. I, p. 197.) Lucas Depierre, en *Une philosophie en archipel* (Éditions Les 3 Colonnes, Paris, 2022), considera a Emil Cioran —el heredero de Joseph de Maistre— el último moralista después de Joubert.

² Véase *Essai sur les révolutions. Génie du christianisme*, ed. de M. Regard, Gallimard, Paris, 1978, y *Memorias de ultratumba*, trad. de J. R. Monreal, Acontilado, Barcelona, 2006, p. 480 ss.

del ensayo inicial del profesor Daniel Martín Sáez. Que Burke hubiera o no filosofado mal podría depender de la educación liberal que había recibido, un concepto que estudia –con la mirada puesta en su vigencia– el profesor José María Jiménez Caballero y que es casi indisoluble de su exposición en público como oratoria. La contribución del profesor Jorge Pérez Lloret profundiza en la dimensión retórica de Burke –heredero de Cicerón– a propósito del aciago *impeachment* de Warren Hastings y la profesora Esmeralda Balaguer García la lleva hasta nuestro tiempo con la configuración del paradigma del “pensamiento parlamentario”. Por su parte, el profesor Javier Alcoriza contextualiza el carácter genuinamente literario de Burke entre Shakespeare y William Hazlitt y el profesor Andrés Alonso Martos indaga en las dificultades de transformar generativamente el acontecimiento revolucionario en un texto constitucional. El profesor Lastra ha tratado de recrear una conversación entre Edward Gibbon, Edmund Burke y monseñor Erskine, nuncio papal en Inglaterra, que tuvo lugar a finales de 1793, sobre el trasfondo del catolicismo europeo. La arquitectura conceptual de la disputa entre Burke y Tom Paine sobre la legitimidad política es el tema escogido por el profesor Ismael Romero Máñez. El monográfico se cierra con un análisis comparativo a cargo del profesor Ginés Marco del concepto de tradición en Burke y en Alasdair MacIntyre, el filósofo escocés recientemente fallecido sobre el que convergen muchas de las líneas burkeanas en nuestro tiempo.

Como editor, quiero agradecer expresamente a todos los que han participado en este monográfico su dedicación y generosidad, la amplitud de sus conocimientos burkeanos y la concernencia por ponerlos al servicio del presente. Guardo con profunda gratitud la fotografía que el profesor Martín Sáez me envió de la estantería de la biblioteca de Riverside en California donde se encontró con todo el corpus burkeano y que ha sido una imagen tutelar desde entonces. Un agradecimiento especial le corresponde a Lily Gracia, que ha traducido el ensayo del profesor Kinzel. Mi agradecimiento se extiende a Antonio Hermosa Andújar y todo el consejo editorial de *Araucaria*, que desde luego no han encendido una lámpara para esconderla debajo del celemin.

Antonio Lastra
Campo de Turia, mayo de 2026

